

Soberanía alimentaria. ¿En qué consiste, cómo organizarla?

Daniel López García
Ecologistas en Acción

La agricultura como encuentro entre sociedad y naturaleza

La actividad agraria cubre la que quizá es la primera necesidad del ser humano: la alimentación. Transforma elementos abundantes e inertes (tierra, agua y energía solar) en bienes vivos y útiles (alimentos), sin degradar -al menos en las formas tradicionales de agricultura- la base de renovación de los recursos utilizados. La actividad agraria es la actividad humana que más superficie ocupa en el planeta, y por tanto la de impactos más extensos en esos términos, para lo bueno y para lo malo. El medio rural acoge nada más -y nada menos- que el 25% de la población española y el 50% de la población mundial; y en él la agricultura es el elemento central de las culturas y las economías locales.

La agricultura es una actividad en la que la sociedad se relaciona directamente con “la Naturaleza”, con todo aquello de místico y simbólico que esto pueda tener. En la actividad agraria se visualiza, en crudo, la contradicción entre sociedades humanas y naturaleza, y como cada cultura se las ha apañado para superar esta contradicción, generando evoluciones en que sociedad y medio ambiente se han ido determinando recíprocamente de forma sostenible¹... o no. El moderno mito del triunfo de la Sociedad sobre la Naturaleza no se puede separar, por tanto, de la industrialización y la pérdida de importancia de la agricultura y la alimentación en las sociedades desarrolladas. En España se ha pasado, desde 1.975 a la actualidad, del 25 al 4% de la población activa dedicada al sector agrario; y del 38 al 20% del gasto familiar destinado a alimentación².

En los años '60 el Banco Mundial y la FAO propusieron la llamada Revolución Verde y su paquete tecnológico (maquinaria pesada, semillas híbridas, fertilizantes y pesticidas químicos, homogeneización de cultivos y técnicas) para salvar al mundo del hambre. Medio siglo después sabemos que han fracasado. Si bien la producción de cereales se ha triplicado desde entonces³, el número de personas hambrientas no deja de crecer. Además cada vez hay mayores problemas de agotamiento y contaminación de suelos y acuíferos por todo el mundo; y surgen problemas sanitarios como la gripe aviar, las “vacas locas” o las verduras contaminadas de pesticidas: los alimentos industriales se han revelado tóxicos. El problema es el propio modelo industrial de producción, y la orientación de las producciones hacia el mercado global de alimentos, abandonando las demandas locales de alimentación por todo el mundo, y arruinando a las familias agricultoras con modelos de producción dependientes de un mercado, una tecnología y un capital que controlan los países del norte.

La producción agraria capitalista se expresa en paisajes saturados por los monocultivos industriales; desiertos de biodiversidad en los que los recursos se agotan y se acumulan residuos de la actividad humana que los ecosistemas no alcanzan a asimilar. Mientras la agricultura industrializada se realiza por muy poca gente y muchas máquinas, el grueso de la población del planeta se va agolpando en las ciudades, malviviendo de espaldas a la naturaleza mientras esos bucólicos paisajes culturales que recrean nuestras identidades más tiernas son arrasados por la tecnología agraria, y en reducidos casos

¹ Este concepto se denomina, en agroecología, *coevolución*. (Norgaard, 1994)

² De este porcentaje, a su vez, ocupa un lugar muy importante el consumo en alimentos congelados y precocinados, perdiendo peso de forma muy importante los productos frescos frente a los elaborados, y adquiriendo una gran importancia económica las comidas fuera del hogar.

³ La población mundial tan sólo se ha duplicado en este mismo período.

convertidos en Espacios Naturales Protegidos que más parecen museos que realidades vivas y en evolución.

La denominada Revolución Genética impulsada por esos mismos organismos pretende generalizar el cultivo de los llamados Organismos Modificados Genéticamente (OMG) o transgénicos. Según reconoce la propia FAO no mejora las producciones, sino que profundiza la dependencia de las comunidades campesinas respecto a los pesticidas, fertilizantes y semillas que ofrecen las grandes transnacionales agroquímicas. Por su parte, la propuesta de los agrocombustibles ha servido para elevar de forma espectacular los precios de consumo de los alimentos básicos (trigo, maíz, arroz, aceites vegetales), mientras los campesinos y campesinas no perciben ese sobreprecio y se hacen más dependientes del paquete tecnológico globalizado. Estas dos propuestas de solución, respectivamente, para la “crisis alimentaria” y para la “crisis energética” de la mano de la agricultura industrial, son como apagar un incendio con gasolina, mientras las técnicas de producción se vuelven cada vez más agresivas ecológicamente y concentran la riqueza en cada vez menos manos.

La Soberanía Alimentaria: un concepto para la transformación social

En las últimas décadas se ha incrementado desde la OMC, así como en los distintos tratados comerciales entre los países empobrecidos y las distintas potencias económicas del norte, la presión sobre para industrializar aún más las producciones de los primeros y dirigir las hacia el mercado global. La liberalización del mercado agrario mundial se ha utilizado como moneda de cambio para el acceso de las transnacionales al mercado de servicios de los países del sur, mucho más jugoso, así como para deslocalizar industria en condiciones favorables al norte. Henry Kissinger aportó además otras razones hace ya décadas: “*controla los alimentos y controlarás a los pueblos*”.

La liberalización del mercado agroalimentario está siendo una falacia en los países centrales, que mantienen el proteccionismo de forma encubierta. Sin embargo, en los países empobrecidos está teniendo unos resultados desastrosos, expresados en las hambrunas crónicas, la emigración masiva a las ciudades y a los países centrales, y la profunda degradación de los ecosistemas. Por ello, en todo el mundo diversas organizaciones agrarias y rurales se han ido oponiendo a la conversión de la alimentación en una mercancía dentro del mercado global capitalista, presionando a sus gobiernos para que las negociaciones en la OMC sobre agricultura no prosperen.

Muchas de estas organizaciones se han unido desde 1993 en La Vía Campesina, un movimiento internacional que agrupa a 200 millones de campesinos y campesinas, pequeños y medianos productores, mujeres rurales, indígenas, gente sin tierra, jóvenes rurales y trabajadores agrícolas de 53 países y cuatro continentes. Es La Vía Campesina quién ha impulsado el concepto de *Soberanía Alimentaria* como alternativa al modelo capitalista de agricultura global. Para ellas y ellos “La Soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos, los países y las uniones de estados, a definir sus políticas agropecuarias y de producción de alimentos sin imponer el 'dumping' a terceros países. Soberanía alimentaria es organizar la producción y el consumo de alimentos de acuerdo a las necesidades de las comunidades locales otorgando prioridad a la producción y el consumo locales domésticos”.

La Soberanía Alimentaria plantea relocalizar las economías y devolver el control sobre la agricultura y la alimentación a las comunidades campesinas y agricultoras; limitar dependencias respecto a los mercados globales y aprovechar los recursos locales para reconstruir sistemas agroalimentarios sostenibles social y ecológicamente. Para la mitad de la población mundial que vive en el campo y del campo, la Soberanía alimentaria es

una mera cuestión de supervivencia. Para el resto de población, que vivimos en las ciudades atrapados en la dependencia del petróleo, el trabajo asalariado, el consumo de masas y la precarización de nuestras vidas, supone una perspectiva distinta desde la que entender la economía, y desde la que reorientar nuestras propuestas políticas hacia la descentralización.

Un número creciente de organizaciones trabajamos hoy en la línea de reconstruir el modelo agroalimentario del norte en clave de Soberanía Alimentaria, para dejar de presionar sobre las agriculturas del sur. La Soberanía Alimentaria y la Agroecología ponen en tela de juicio el propio modelo de desarrollo de sociedades postindustriales como la española, y permiten proponer modelos sostenibles de gestión del territorio y de los recursos naturales. Así nos estamos encontrando para revitalizar nuestro tejido agrario local y promover la producción agraria ecológica; y para desarrollar campañas contra los transgénicos, los supermercados o el consumo de ciertos productos de importación. Nos hemos dado cuenta, además, del potencial de la alimentación para construir proyectos sociales de cooperación entre consumidores y productores, entre campo y ciudad, una vez que han sido conocidas las consecuencias sociales, ecológicas y sanitarias del modelo agroalimentario industrial, tanto en el norte como en el sur.

Diez ideas para construir la Soberanía Alimentaria en lo local

-Por una alianza entre sociedad y agricultura. Queda claro que la producción agraria es un bien social, y que por lo tanto, toda la sociedad debemos hacernos responsables de esta actividad. Sabemos que el mercado y los estados nos están llevando a una situación agroalimentaria catastrófica a nivel global, con importantes implicaciones sociales, territoriales y ecológicas. En este sentido, distintas organizaciones de agricultores/as, ONG para la cooperación Norte-Sur, ecologistas, de consumidores/as, del campo y de la ciudad, etc. estamos convergiendo para construir la Soberanía Alimentaria en lo local, aquí también. Para muchas de estas organizaciones, Plataforma Rural⁴ esta siendo el espacio de encuentro desde donde funcionar conjuntamente en el Estado Español.

-Agroecología y Agricultura Campesina, más allá de la agricultura ecológica certificada. La agricultura ecológica aporta innumerables beneficios ecológicos en sus formas de producción, al eliminar el uso de sustancias químicas de síntesis. Sin embargo, debemos ir mucho más allá, hacia modelos agrarios verdaderamente agroecológicos, donde no se sustituyan los productos de síntesis por otros certificados como ecológicos conservando la lógica industrial de producción. La Agroecología propone procesos integrales de desarrollo local basados en la utilización de los recursos locales y el cierre de ciclos ecológicos, el manejo de la biodiversidad como principal recursos en la estabilidad y riqueza de los ecosistemas, los mercados locales y la búsqueda de la justicia social⁵ y la diversidad cultural.

-Por los canales cortos de distribución y contra los intermediarios. Los precios de venta al público suponen una media de 4,5 veces los precios percibidos por los/as productores/as en origen. Debemos buscar formas de relación con la producción lo más directa posible (en asociaciones de consumidores o mercados locales) para que el precio de la alimentación baje para el consumo y se quede entero en la producción. También para acceder a productos frescos y estar seguros de su calidad, al tener trato directo con quien se hace responsable de la producción. Los supermercados, por mucha certificación que tengan, ya sea social, local, de calidad, de agricultura ecológica, ... o

⁴ www.nodo50.org/plataformarural/

⁵ Las certificaciones ecológicas no hablan nada respecto del trabajo ilegal en las explotaciones, tan común en agricultura, o de la justicia laboral de las grandes empresas de exportación de alimentos ecológicos.

que su fachada esté pintada enterita de verde y morado, no son alternativa.

-El valor de la alimentación. Sabemos que los precios de los alimentos se mantienen bajos a costa de una fuerte explotación de los trabajadores de los países empobrecidos, de degradación de los ecosistemas productores, y de mucho petróleo barato y seguro a costa de guerras. Los precios baratos han destruido también nuestro tejido productivo local, así que hay que pensar que una alimentación justa, sana y sostenible ha de ser pagada, no por subvenciones de la UE que arrasan con el mercado mundial, sino con un precio remunerador que cubra los costes de producción de fincas sostenibles social y ecológicamente⁶. Esta posibilidad se facilita si nos esforzamos por organizar los circuitos económicos para eliminar intermediarios, pero también si eliminamos otros consumos superfluos y a menudo más nocivos. Porque somos lo que comemos... Pero en cualquier caso, debemos avanzar en la construcción de espacios sociales que sean capaces de asignar el valor de los bienes y servicios en base a su utilidad y necesidad de cara a la comunidad, y no en base a los caprichosos valores de cambio que les asigna el mercado en forma de precios.

-O mejor aún: cultiva tú también. La generación de agricultores que hoy tiene más de 70' se está muriendo, y son los únicos que saben producir comida de forma sostenible, como se hacía antes de la Revolución Verde. La desaparición irreversible de su conocimiento práctico es un peligro que, como sociedad, no podemos asumir. Hay que volver a producir para que no se pierda su conocimiento y el trabajo acumulado durante siglos por las sociedades campesinas adaptando semillas, bosques y vegas; construyendo acequias, norias, molinos y caminos; y desarrollando las instituciones que han permitido el uso sostenible de los recursos naturales de forma comunal. Pero no solo por eso: la terciarización de las economías es un lujo que se está volviendo contra nosotr@s mismas. Una sociedad en la que el 65% de la población activa se dedica al sector terciario, especulando con la simple adición de valor añadido a los bienes y servicios que circulan dentro del mercado, no es sostenible. Simplemente absorbe la riqueza que otros generan o extraen de la naturaleza.

-Por la biodiversidad cultivada y contra los transgénicos. Las variedades vegetales y las razas animales creadas por las sociedades campesinas han permitido extraer alimentos de una gran diversidad de lugares y en base a la gran diversidad de culturas que hay en el mundo, y son un seguro de vida contra los posibles efectos de modernas creaciones humanas, como el cambio climático. Las multinacionales semilleras están controlando los bancos de semillas públicos y cambian las leyes para controlar una biodiversidad creada por toda la humanidad. Y sus semillas transgénicas nos traen el peligro de contaminar todo este patrimonio genético. Debemos impulsar la libre circulación e intercambio de material genético por medios tradicionales y eliminar los transgénicos, ¡¡porque la coexistencia es imposible!!

-La integración de agricultura, pastoreo y silvicultura, en el centro de la sostenibilidad. En la actualidad se consume demasiada carne, y sabemos que producir un kg de carne consume 10 veces más recursos que las mismas calorías de origen vegetal. Además, el modelo industrial de ganadería es altamente contaminante, se basa en los piensos transgénicos y está generando graves problemas sanitarios. Sin embargo, el pastoreo extensivo es necesario para mantener la diversidad paisajística y para proteger los bosques del fuego. A su vez, necesitamos su conversión de biomasa en fertilizante para mantener la agricultura. Sin embargo, la política medioambiental, y

⁶ En los años '50, el gasto familiar en alimentación suponía el 50% del total, y hoy menos del 20%. ¿En que nos gastamos el resto del dinero?

especialmente la de Espacios Naturales Protegidos, penaliza las formas tradicionales de manejo del campo, en teoría para preservar los valores naturales que este mismo manejo ha preservado durante siglos. Debemos rediseñar los ecosistemas agrarios hacia la sostenibilidad, integrando todas las producciones del campo de forma equilibrada. Y en el escenario actual de sobreexplotación del planeta y de hambre, los agrocombustibles no tienen lugar, al menos no en los modelos industriales de gran escala que proponen los gobiernos y las multinacionales.

-Por una transformación agroalimentaria artesanal. Los escándalos alimentarios vienen, de hecho de la gran industria agroalimentaria, pero en el estado español lo que se prohíbe es la pequeña industria artesanal o casera, con una normativa que no diferencia Campofrío o El Pozo de una pequeña quesería tradicional de Picos de Europa. En la práctica, esto supone eliminar toda la diversidad de producciones artesanales y tradicionales locales, con sus propios métodos de conservación mejorados durante siglos, en bien de una industria que produce alimentos tóxicos. Es necesario que la sociedad reconozca esta diferencia y la idoneidad de los métodos tradicionales de conservación de alimentos, potenciando la pequeña industria artesanal que mantiene la diversidad de usos del campo y el empleo en actividades sostenibles en el medio rural.

-La agricultura no es una mercancía. Hay que sacar la agricultura de las negociaciones de la OMC y de los tratados multilaterales de comercio global, para proteger de las formas necesarias las pequeñas producciones locales en todo el planeta. La Política Agrícola Común de la UE no puede seguir subvencionando un modelo agrario contaminante que produce alimentos de muy baja calidad, a la vez que hace desaparecer una explotación por minuto y arruina las economías locales de otros países. La investigación pública no puede apoyar un cultivo peligroso y minoritario como los transgénicos, ni producciones tóxicas y contaminantes como la agricultura y ganadería convencionales.

-Del desarrollo rural alternativo a las alternativas al desarrollo. En cualquier caso, el modelo urbano-industrial no es sostenible, con su producción y su consumo de masas. La ciudad, dependiente ecológicamente de los mercados globales, no es sostenible. Y mucho menos en tiempos de crisis y de escasez de petróleo. Debemos facilitar y organizar la vuelta al campo y la reconstrucción local de las economías hacia el equilibrio territorial, con mayores grados de autodependencia y descentralización política y productiva en todo el planeta.

Madrid, a 17 de febrero de 2009